

LA VIDA COMUNITARIA
PROFECÍA DE
SANTIDAD Y
COMUNIÓN PARA LA
HUMANIDAD



Hna. María del Socorro Henao Velásquez, CTSJ

Es licenciada en Psicología Educativa (Universidad de la Sabana), Licenciada en Filosofía y Ciencias Religiosas (Universidad Santo Tomás) y especialista en Pedagogía para el aprendizaje autónomo (Universidad Nacional a Distancia UNAD).

Ha desarrollado su misión como CTSJ a través de diferentes servicios:

En Instituciones Educativas: profesora de las áreas de religión y ética y valores; psico-orientadora, coordinadora de pastoral y directora.

Al interior de la Congregación: presidenta de los equipos de ministerios, pastoral, formación y pastoral vocacional, animadora vocacional, maestra de junioras, superiora provincial en Colombia, superiora delegada en México.

A la Vida Religiosa: Miembro de las juntas directivas de la CRC Medellín, Cúcuta y la CRC Nacional. Presidenta de la Junta Directiva de la CRC Nacional, Secretaria General de la CLAR y coordinadora de la Comisión de Nuevas Generaciones de la CLAR.

Desde el segundo semestre del 2013: consejera y secretaria general de su Congregación en Madrid-España.

La vida comunitaria en la Vida Religiosa es el lugar donde se vive el discipulado y se gesta la novedad del Reino para ser revelada y transmitida a la humanidad. Para ello es necesario escuchar el clamor de Dios al interior de la vida comunitaria y fuera de ella. Este clamor se convierte en misión que libera y renueva todas las cosas, haciendo posible palpar en el presente las promesas reveladas por Dios y cumplidas en su Hijo Jesucristo. La vida comunitaria desde su adhesión a Jesucristo es signo profético y escatológico del amor de Dios.

A vida comunitária, na vida religiosa, é o lugar onde se vive o discipulado e se gesta a novidade do reino para ser revelada e transmitida à humanidade. Para isso é necessário escutar o clamor de Deus no interior da vida comunitária e fora dela. Este clamor se converte em missão que libera e renova todas as coisas, tornando possível palpar no presente as promessas reveladas por Deus e cumpridas em seu Filho Jesus Cristo. A vida comunitária a partir de sua adesão a Jesus Cristo é sinal profético e escatológico do amor de Deus.

Nos encontramos en la antesala del Congreso Latinoamericano y Caribeño de Vida Consagrada-CLAR, enmarcado en la celebración del quincuagésimo aniversario del Concilio Vaticano II, de la celebración del Año de la Vida Consagrada, promovido por el papa Francisco y de los 500 años del nacimiento de santa Teresa de Jesús.

Quiero destacar este último marco de celebración, sin quitar la importancia que tienen los otros acontecimientos. Celebrar los 500 años del nacimiento de santa Teresa, mística y doctora de la Iglesia, me hace pensar en una vida mística y profética que nos corrobora la adhesión personal y comunitaria a Jesucristo y a su Reino, y que nos lleva a perdurar en el tiempo como brotes renovados para ser animadores en la fe y en el camino de liberación que Dios está realizando con su pueblo.

El papa Benedicto XVI, al referirse a la espiritualidad teresiana, señala algunas pinceladas que pueden confirmarnos en los aspectos

esenciales que impulsan una vida comunitaria, vivida en la adhesión a Jesucristo y en la reflexión en la que nos vamos a adentrar: *“No es fácil resumir en pocas palabras la profunda y compleja espiritualidad teresiana. Podemos mencionar algunos puntos esenciales. En primer lugar, santa Teresa propone las virtudes evangélicas como base de toda la vida cristiana y humana: En particular, el desapego de los bienes o pobreza evangélica (y esto nos concierne a todos); el amor de unos a otros como elemento esencial de la vida comunitaria y social; la humildad como amor a la verdad; la determinación como fruto de la audacia cristiana; la esperanza teológica, que describe como sed de agua viva. Sin olvidar las virtudes humanas: afabilidad, veracidad, modestia, cortesía, alegría, cultura. En segundo lugar, santa Teresa propone una profunda sintonía con los grandes personajes bíblicos y la escucha viva de la Palabra de Dios. Ella se siente en consonancia sobre todo con la esposa del Cantar de los Cantares, con el apóstol Pablo, además de con el Cristo de la Pasión y con el Jesús eucarístico¹”.*

Vivimos un momento en que la palabra crisis asoma por todas las estructuras

En el horizonte de la Vida Religiosa (VR) hay dos convicciones, entre otras, que deseo sean el telón de fondo de esta reflexión. La primera de ellas nos ubica en el plano escatológico y de fe. La VR es manifestación, en el presente, de lo que esperamos y la segunda nos la ofrece el Vaticano II, la VR es parte esencial de la santidad de la Iglesia². Estos dos aspectos, complementándose, ofrecen un sello de identidad al “ser” de la vida comunitaria vivida en fraternidad, en nuestro mundo.

El tema que engloba la reflexión es *“Interrogantes y propuestas en la vida comunitaria”*. Vivimos un momento en que la palabra crisis asoma por todas las estructuras; aunque desde perspectivas distintas, podemos decir que la vida comunitaria también se encuentra en el punto en el que su manera de ser, hacer y vivir, se ven cuestionadas por las exigencias evangélicas.

En el caminar de la VR es esencial la vida comunitaria, los núcleos comunitarios, conformados por personas seguidoras de Jesús y anunciadoras de su Reino, se convierten en un signo de que

otro modo de crear relaciones es posible. Ese otro modo de relaciones se perfila como el cielo nuevo y la tierra nueva que Jesús ha venido a instaurar (Ap. 21, 1-4). De tal forma que las/os hermanas/os que las constituyen, se dejan transformar por la acción del Espíritu, y que la vida comunitaria transparenta el amor que movió a la Trinidad a salir de sí misma, para hacerse solidaria con el sufrimiento humano.

Algunos interrogantes ante la vida comunitaria a los pies del Maestro

Acercándonos a la vida comunitaria desde una de sus dimensiones, la comunión, podemos plantearle los siguientes interrogantes: ¿Cómo se gesta la vida en comunidad, de qué se nutre, a quién sirve, dónde se ubica y qué anuncia? Desde la perspectiva de los escenarios en los que se desenvuelven los núcleos comunitarios, podemos preguntarnos: ¿son, en realidad, como la levadura en la masa? ¿Anuncian algo nuevo?

Las respuestas a esta última pregunta tendrán diversidad de matices y todas ellas dependerán

de las respuestas que se den a los primeros interrogantes que circunscriben el origen de la comunidad, su adhesión y misión. En último término, es dar respuesta a su razón de ser en el mundo y en el corazón de la Iglesia.

El Horizonte Inspirador de la CLAR, nos invita a hacer de nuestras comunidades religiosas, *casa de encuentro, comunidad de amor y corazón de humanidad.*

¿Cómo lograr que se respire esta espiritualidad y permita desarrollar las vertientes carismáticas que han inspirado la presencia de las diferentes congregaciones en el mundo, haciendo visible el Cuerpo Místico de Cristo?

El papa Francisco en su Carta Apostólica a todos los Consagrados/as, entre las expectativas que nos plantea, dice que espera que los consagrados “despierten al mundo”. ¿Cómo lograr despertar al mundo cuando, por otro lado, nos preguntamos: será que nuestra VC está durmiendo, enferma o le hemos decretado la muerte y, a raíz de esto comenzamos a deteriorarnos?³

¿Cómo se gesta la vida en comunidad, de qué se nutre, a quién sirve, dónde se ubica y qué anuncia?

Es urgente captar que nuestra VC en comunidad es un continuo combate entre diversas fuerzas que la empujan a optar, una y otra vez, por su razón de ser y existir para la humanidad en la Iglesia; que puja por hacer crecer la novedad del reinado de Dios, en apertura al Espíritu, dejándose conducir por caminos inescrutables.

Quedan abiertos estos interrogantes para la vida comunitaria que, como María la de Betania, se sienta a los pies del Maestro y se hace discípula desde la experiencia del amor. Gracias a estos y otros interrogantes, que siempre se le plantearán, permanecerá en estado de conversión continua que la desinstala y la lanza a buscar lo esencial, sabiéndose “*comunidad discípula*”, dispuesta a hacer la voluntad de Dios.

La Comunidad Discípula escucha el clamor de Dios

La vida comunitaria en discipulado, escucha el clamor de Dios en dos direcciones: al interior de sí misma y fuera de ella.

Aunque parezca obvio, tenemos que recordar que la comunidad, como ámbito esencial de la VR, está constituida por personas, con historias concretas, características humanas diversas, infinidad de experiencias, que marcan la manera de ser y de dar respuesta a la realidad en la que se desenvuelve.

Introducimos con los pies descalzos, como Moisés, frente a la zarza, en el misterio de la persona que vive en cada comunidad, es acercarnos al latido del corazón de Dios que clama en las memorias dolorosas, el sufrimiento, las heridas, los sin sentidos que, en ocasiones, parecen escondidos, pero al más mínimo descuido se asoman desvelando la vulnerabilidad que la persona -hermano/a- lleva dentro y desde la cual, en su apertura y docilidad al Espíritu, la tierra de misión que es, interiormente, será moldeada hasta alcanzar la figura del Hijo. Cada persona en la vida comunitaria es tierra de misión para Dios y a la vez cada persona -hermano/a- es también tras-

La vida comunitaria en discipulado, escucha el clamor de Dios en dos direcciones: al interior de sí misma y fuera de ella

parencia de Dios, en el barro que está llamando y configurando.

La vida comunitaria en discipulado es el ámbito que Dios necesita para ofrecer a los hermanos/as la palabra y el gesto oportuno que le lleve a proclamar como la Samaritana después del encuentro con Jesús, al Mesías. Aunque mis hermanos/as conocen mis idolatrías, esclavitudes, dolores... experimento en su acogida y misericordia que somos hijos/as amados/as de Dios.

La comunidad discípula es dócil para escuchar el clamor de Dios y pronta para responder según su querer, porque al interior de sí misma, en el ejercicio de la vida fraterna que acoge, discierne, perdona, acompaña y promueve humanidad, se convierte en lámpara encendida que lleva dentro el aceite que no se consume: a Jesucristo.

Por otra parte, la comunidad en docilidad al Espíritu, escucha el clamor de Dios en la humanidad y en el mundo, actualiza el caris-

ma que ha recibido en herencia de sus fundadores/as y despojándose, como lo ha hecho su Maestro, identifica nuevamente que su luz, aunque estorbe a unos cuantos, debe lucir en las periferias, las fronteras, en medio de los últimos. Los nuevos escenarios y los rostros emergentes, la resitúan y la sacan fuera de la zona de comodidad para ser su servidora en justicia y solidaridad.

Los nuevos escenarios y los rostros emergentes, la resitúan y la sacan fuera de la zona de comodidad para ser su servidora en justicia y solidaridad

La comunidad local, resituada según el Espíritu y la vida en comunión que allí se gesta, es la concreción del modo de ser y actuar según el carisma y como todo carisma es expresión de un rasgo de Cristo; la comunidad local se hace profeta, de un modo nuevo, de relaciones que nacen

también del conocimiento de la ambigüedad y contradicción en cada hermano/a y de las realidades en las que, en principio, todo está perdido. En su discipulado la comunidad aprende que para Dios nada hay imposible y que sus caminos están bajo los criterios de lo pequeño, lo pobre, lo que no

cuenta, para hacerlo grande, rico y agradable a sus ojos.

La vida comunitaria como discípulado, cree y hace creíble en el mundo que Dios cumple sus promesas

Ante la tendencia globalizada al individualismo, al protagonismo, a la competencia, a la prepotencia y a las desigualdades que existen en nuestro mundo, la comunión de vida, en la comunidad local, se hace signo profético de relaciones fundamentadas en opciones de humanidad y humanización. Estas opciones son posibles gracias a la certeza que podemos encontrar en tres convicciones; seguro que existen otras pero, a mi modo de ver, éstas que señalaré, a continuación, llevan a los discípulos/as de Jesucristo a creer y hacer creíble, hacia dentro y hacia fuera de la vida comunitaria, un mundo de relaciones justas, fraternas, acogedoras y solidarias.

El Evangelio es la norma suprema de los hermanos/as en la vida comunitaria. Todas las congregaciones en sus constituciones asu-

men como criterio de vida esta certeza. La Palabra de Dios, que es buena noticia, para todos los que se acercan a ella, es la fuente de espiritualidad en las comunidades, es ella la que conduce el discernimiento y la acción personal o comunitaria. Sin este sello se corre el riesgo de caminar al margen de la voluntad de Dios. Las/os consagradas/os de manera particular en el camino de seguimiento, saben y han experimentado, que sólo el encuentro constante con la Palabra de Dios va generando un corazón según su querer. El conocimiento personal y el discernimiento constante al calor del encuentro con la Palabra, consolida la respuesta sopesada de las/os consagradas/os en la misión. De la misma manera, la Palabra reflexionada y compartida en comunidad, la configura y la lanza a la misión, haciéndola una comunidad profética, como levadura en medio de la masa, allí donde está inserta.

Dios está presente en los signos pequeños y frágiles. Dios escoge un pueblo que es un pequeño resto. Opta por nacer en un pesebre. Se rodea de aquellos que no cuen-

El Evangelio es la norma suprema de los hermanos/as en la vida comunitaria.

tan y muere por ellos en la cruz. Hoy, como lo anunció Jesús, los pobres siguen siendo el mayor signo donde Dios clama solidaridad, trato personal y cercano, valoración de las personas, cuidado de la creación... En todos estos signos se manifiesta el Dios de la Vida y continúa denunciando, a través de ellos, toda la ostentación y los desmanes a los que asistimos en una sociedad en la que se ha priorizado la mentira, la falta de reconocimiento del otro, la ley de la corrupción, entre otros. La comunidad discípula en medio del lugar donde se encuentra inmersa, alimenta la esperanza de la promesa (Fil 3, 13-14).

La vida comunitaria exige a las/os hermanas/os tomar conciencia de la pequeñez y fragilidad que anida en su seno y tendrá que dejar resonar, con la fuerza del Espíritu: “te basta mi gracia”, si en el conjunto de personas que constituyen la vida comunitaria, resuena el grito de Dios que les urge a creer y a hacer creíble que su modo de actuar y pensar subvierte el modo de actuar y pensar del mundo.

Este ejercicio de tomar conciencia de que en la pequeñez y la fragilidad actúa Dios, requiere en la vida comunitaria, por una parte, la voluntad de identificarse con los sentimientos y afectos del Hijo; y por otra, la apertura a la gracia para dejar actuar a Dios en lo que no cuenta, en lo que para la mayoría es un obstáculo, obstáculo para los fines de productividad desaforada en el que ha entrado en competencia el mundo. La gratuidad, la confianza, la entrega a fondo, serán las cartas que, desde la vida comunitaria, los consagrados/as, pondrán sobre la mesa para contestar tantas otras actitudes que nos hablan de esclavitud, corrupción, violencia, etc.

En la vida comunitaria las/os hermanas/os, guiados por el Espíritu Santo, dejan a Dios ser Dios. Todas las empresas del tamaño y prestigio que sea, han definido sus planes estratégicos para alcanzar sus objetivos. Un poco o mucho de estas técnicas y estrategias forman parte de la manera como la vida comunitaria se ha organizado y quizás los proyec-

**Tomar conciencia
de que en la
pequeñez y la
fragilidad actúa
Dios...**

tos de vida comunitaria, a partir de los diagnósticos realizados, en cada elemento constitutivo de su ser: la dimensión espiritual, la dimensión apostólica, la dimensión formativa y la dimensión de comunión de vida, han podido identificar las metas a alcanzar. Sin embargo, con serenidad, paz y sobre todo, abriendo el corazón, personal y comunitariamente al Espíritu, es agradable a los ojos de Dios ver cuánto de todo lo reflejado en el proyecto comunitario, está dejando a Dios ser Dios en la vida comunitaria, en la vida de cada persona, en la vida apostólica, en la vida fraterna...

Lo reflejado en el proyecto comunitario es un grito de Dios a la vida comunitaria, que le recuerda, personal y comunitariamente a las/os hermanas/os que han sido convocados por Dios para hacer su voluntad. En la vida comunitaria, hacemos creíble para el mundo que, el *“aquí estoy para hacer tu voluntad”*, no es una fórmula, sino la Palabra que se encarna en actitudes concretas de disponibilidad, presencia, en medio de los escenarios de frontera y de los sujetos

emergentes más necesitados; docilidad para obedecer, esperanza para compartir y negación de sí mismo/a para tomar la cruz y seguir entregando, como un perfecto holocausto, la vida por amor a Dios en los hermanos/as más necesitados. La presencia que manifiesta los rasgos que acabamos de señalar, es levadura que hace crecer solidaridad, justicia y verdad, allí donde la comunidad está presente.

Para despertar el mundo la vida comunitaria ha de ser profecía de la novedad de Cristo

El proyecto comunitario es un grito de Dios a la vida comunitaria...

La audacia de las/os religiosas/as se revelará en la acción comprometida con el cielo nuevo y la tierra nueva que vislumbra y se encarna día a día en los pequeños gestos y acciones, que en la vida comunitaria se traducen en una espiritualidad de la comunión⁴ y en una mística del encuentro⁵.

Las motivaciones más profundas para la realización de la misión de las religiosas/os se enmarcan en la escucha constante del querer de Dios, esta escucha que

nace del Espíritu Santo y lleva a las/os hermanas/os a responder en fidelidad creativa y a mirar con los ojos de Dios al mundo y a la humanidad, haciéndolos *sacramentos de Cristo y encuentro con Dios*⁶, para que “*como centinelas*”, *cada comunidad religiosa mantenga vivo el deseo de Dios y lo despierten en el corazón de tantas personas con sed de infinito, siendo buscadores y testigos de proyectos de evangelio visibles y vitales*. Para ello nos invita el papa Francisco *a vivir la mística del encuentro, como la capacidad de escuchar a los demás, de descubrir la responsabilidad de ser profecía como comunidad, de buscar juntos, con humildad y con paciencia, una palabra que dé sentido y que puede ser un don y testimoniarla con sencillez*⁷.

Notas:

¹ Cf. PAPA BENEDICTO XVI, Catequesis que dirigió a los peregrinos congregados en el Aula Pablo VI para la audiencia general, y que dedicó a la santa española Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, Ciudad del Vaticano, miércoles 2 de febrero de 2011.

² Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhort. ap. postsinodal *Vita Consecrata* (25 marzo 1996), 29: «La reflexión teológica sobre la naturaleza de la vida consagrada ha profundizado en estos años en las nuevas perspectivas surgidas de la doctrina del Concilio Vaticano II. A su luz se ha tomado conciencia de que la profesión de los consejos evangélicos pertenece indiscutiblemente a la vida y a la santidad de la Iglesia».

³ Cf. CLAR, *Horizonte Inspirador-Plan Global CLAR 2012- 2015*, p. 11.

⁴ Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta Ap. *Novo Millennio Ineunte* (6 enero 2001): Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiri-

tualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

- ⁵ Cf. CIVC-SVA, *Escrutad* (8 septiembre 2014): El Papa Francisco nos invita a vivir la “mística del encuentro”: «la capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método [...] y significa también no asustarse, no asustarse de las cosas». «Si cada uno de vosotros es para los demás - continua el Santo Padre-, una posibilidad preciosa de encuentro con Dios,

se trata de redescubrir la responsabilidad de ser profecía como comunidad, de buscar juntos, con humildad y con paciencia, una palabra de sentido que puede ser un don y testimoniarla con sencillez. Vosotros sois como antenas dispuestas a acoger los brotes de novedad suscitados por el Espíritu Santo, y podéis ayudar a la comunidad eclesial a asumir esta mirada de bien y encontrar sendas nuevas y valientes para llegar a todos».

- ⁶ Cf. CIVC-SVA, *Caminar desde Cristo*, (19 mayo 2002), N° 29.

- ⁷ Cf. PAPA FRANCISCO, *Carta Apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada* (21 noviembre 2014).